

1937 - LA FLECHA EN EL AIRE, por Enrique Anderson Imbert. —  
 Editorial "La Vanguardia", Buenos Aires.

Anderson Imbert —compañero, amigo y colaborador— acaba de publicar un tomito en el que ha reunido varias de sus composiciones escritas en los últimos años. "La Flecha en el Aire" se titula el libro, y Anderson nos aclara que su flecha no es la de Zenón de Elea (demostración gráfica en contra de lo absoluto), creemos que tomada en una cualquiera de sus momentos aislados; su flecha, dice, partió con fuerza inicial, pero sin rumbo fijo, y se encuentra aún volando, en busca de su blanco.

No es por lo tanto una flecha estática, sino dinámica. Y así precisamente es su autor; una saeta en movimiento, disparada con ímpetu y planeando vigorosamente en el espacio.

El conjunto de flechas que componen la "Flecha en el Aire", son sin embargo golpes certeros asestados contra blancos definidos. Anderson pasa en revista todos los temas que pueden inquietar a un ser humano, de cerebro normal, en la hora presente: orden económico y social, filosofía, religión; y teatro, cine, arte, poesía. Su inteligencia equilibrada lo guía y su personal experiencia le va iluminando el camino, y por sobre todas las cosas, aflora su angustia de poeta, impedido de crear libremente por la rapacidad de las condiciones económicas imperantes en el mundo.

Anderson no tantea, por cierto, como parece decirlo en el prólogo. Define sus opiniones y sus puntos de vista en forma concreta y decidida; quizás éstos y aquéllos no sean compartidos, en parte o totalmente; sus críticas sobre personas, doctrinas o teorías pueden ser tachadas como "defectos de opinión" por quienes no abundan en ellas, así como aplaudidas por quienes las encuentren a la medida exacta de los propios pensamientos; pero —en uno u otro caso, honestas— reflejan una posición definida y recia. Los distintos escritos que componen la colección trasantan una personalidad hecha y de contornos netos; se muestra el autor consciente de lo que piensa, de lo que es —"nosotros los intelectuales, nosotros los escritores, los poetas..."— y de lo quiere. Marcha pues, —o vuela— con firmeza y seguridad y lleva un norte en su trayectoria. Deduzcamos que cuando su flecha llegue a dar en el blanco, será con la mayor eficiencia y con los mejores auspicios. Anderson es por otra parte un sincero luchador por la justicia social y pone al servicio de sus ideales una mentalidad despejada y un ancho corazón, así como la simpatía personal que irradia su llaneza de buen amigo y leal compañero.

El estilo literario de la "Flecha en el Aire", homogéneo en sus diversos escritos de distintas edades, es sencillo y conceptuoso, y sobre

todo fácil para el lector —lo que suele ser difícil para el autor—. Anderson conduce como de la mano a quien lo lee, para explicarle con meridiana claridad aquello que le quiere transmitir; exento de rebuscamientos y de oscurecidos, escribe como si hablara y su prosa elegante no pierde en ningún momento la más cuidada pulcritud sintáctica y lexicológica.

K.

\*

1937 - "ACERCATE" (poemario), por Abel Santa Cruz. — Bs. Aires.

"Acércate" ratifica la presencia de un verdadero poeta; entrevistado en "Cuerpo y Alma", se afirma ahora con pujanza en el camino de la nueva poesía, que es la vieja poesía: la del hombre que ve y siente, y porque siente, sufre.

La vida no es una comedia, parece decirnos Santa Cruz, sino la unión de la dulzura y la misericordia. Tengamos lástima de nosotros mismos, perdidos en el nihilismo vital. Santa Cruz deja entrever, en sus versos mesurados y cándidos, un temor infinito de lo porvenir. Su "Romance a García Lorca, Muerto" es lo mejor del libro, porque García Lorca es Abel Santa Cruz. El se ha visto allá lejos, con sus versos y sus rimas, con su destino a medio hacer, desdoblado y mustio, caer sin saber por qué, así como nació sin saber para qué. Las grandes vidas interrumpidas tienen extraña atracción sobre las mentes que sueñan. Y los poetas jóvenes, como Santa Cruz, aman los interrogantes supremos, esas puertas que se abren sobre el más allá, sobre el tremendo arcano, incitando a la magna aventura.

El sufrimiento es la materia prima de Santa Cruz; no se destaca bien, quizá, en sus versos suaves; mas hierve, a modo de substrato, en sus imágenes y hasta en sus burlas ligeras. ¿Para qué estamos? ¿Cuál es la meta? Preguntas eternas, que Santa Cruz no deja de formularse:

"Sufro buscando el término. Mi grito.  
Si horada la matriz del infinito  
Con su vértice azul, no lo fecunda.  
Y una palabra grávida de ruegos,  
En el haz de una entraña moribunda,  
Se eurosea como un niño de ojos de ciegos".

El poeta trata de evadirse de su leit motiv, y nos da imágenes candorosas, tenues, translúcidas. Es el niño que se baña en el arroyo,